

Suscripción

Gerona un mes . . . 1 Pta.
Provincia y resto
de España Trim. 4 "
Extranjero " 7'50"

Número suelto

5 Céntimos

Ciudadanía

Diario republicano autonomista de avisos y noticias

Anuncios, remitidos

y esquelas

Precios convencionales

De los originales firma-

dos son responsables

sus autores

AÑO I

OFICINAS:

Rambla de la Libertad, 33.-GERONA

Jueves 1 de Septiembre de 1910

Dirección Telegráfica:

CIUDADANÍA.—GERONA

Núm. 25

La literatura y el pueblo

No desdeñemos el arte. Somos partidarios de lo serio, juzgamos severamente las fruslerías y futilidades de la vida, pero hay momentos en que la indulgencia anima nuestro espíritu. A veces es bueno despojarse de la austera sonrisa escéptica ó pesimista, para reír con la opinión. A esto nos induce, primero, la vida observada á través de los libros, después una impresión halagüeña de la vida misma en su realidad.

Creemos que el objeto de la literatura es un objeto puramente artístico, pero esta creencia estaría mejor fundamentada si dijéramos que solamente como medio debe el arte intervenir en la novela. Como medio y no como fin. De sus galanuras hase de servir el autor para exornar las ideas, pues como objeto puramente artístico creemos que ha pasado su tiempo. Hoy, la vida ó los problemas éticos y sociológicos ocupan el primer rango en la literatura. A veces ambas cosas como suceden en los libros de Felipe Trigo.

Si no estuviéramos bien convencidos de la verdad de esta aserción ha venido á mostrárnosla claramente el éxito de Daniel Lesueur con su «Nietzscheenne».

El tan traído y llevado Nietzsche tuvo en esta novela, acaso su más grande y clarividente elogio, una consagración de la parte sana de sus doctrinas.

El pueblo prefiere ya encontrar en los libros, más que un deleite, una enseñanza, más que tomarlos como un objeto de pasatiempo, que le sirvan de guía y orientación.

Paul Bourget ha dado buena prueba de ello. Casi todos sus libros plantean una cuestión transcendental. Aquellos problemas que tratados científicamente no saldrían del círculo de los iniciados, el los coge, los debate, los hace vivientes y los pone en manos de la opinión. A ratos pierde su argumentación sacristanesca y no sabemos si censura ó alaba, si impugna ó hace una apología.

En medio de su lógica es un caso de honradez plausible.

El autor no debe inclinarse á idea determinada en estas ocasiones, no debe terminar la tesis, solucionarla. Basta que presente los personajes en escena desenvolviéndose y que luego el

público se encargue de aplaudir á quien corresponda.

Esto prefiere el pueblo.

Y es menester, bien se entiende, aderezarle estas doctrinas de modo que le sean asimilables. Ya que el no puede buscarlas en sus fuentes naturales, libérese de su pristina crudeza.

Esta será una labor fructífera y útil. Bien haya lo frívolo y lo ameno para solaz de las gentes, pero ello será mejor recibido si trae entre sí algo de mehollo aprovechable.

A los que censuren este modo de conceptuar la literatura les responderemos que ya no es hora de perder agradablemente el tiempo.

Y les mostraremos al—á nuestro juicio—gran escritor, Felipe Trigo, cantos de la vida toda, maestro de sanas lecciones de vida, combatido solamente por la hipocresía y la ranciedad, que vitupera en público lo que ha escondidas sobre puja, que finge azoramiento ante una verdad que llama impudismo y luego inventa algo que no había cabido nunca en la imaginación del novelista.

RAMIRO G. PANIAGUA.

Viendo la vida

PEQUEÑECES.

Me repugnan las pequeñas contiendas biliosas y he procurado siempre sustraerme á ellas porque las creo una lepra de la buena prensa y una cosa indigna del más modesto de los publicistas. Pero hoy no puedo menos que poner la insignificancia de un comentario á un suelto insidioso que, pocos días há, ha llamado mi atención en un colega.

Háblase en él de protestas y de intolerancias de los republicanos con motivo de las juergas carlistas del domingo. Y, bajo la monástica prosa del suelto, parece que quisérase esgrimir alguna arma contra nosotros. Confieso con todo que no le veo la punta á la tal arma. Porque háblase en el tal—como decía—de que ante un acto legal surgían protestas de los elementos liberales y hay que tener en cuenta que no se trata de protestar de una afirmación sino de una protesta, por donde quedan ellos solos negando y protestando y nosotros, diciéndole á un Gobierno que quiere—ó lo parece—cumplir en parte su misión liberal, que si hay un callador negro á su acción, hay también una fortísima opinión que está dispuesta á prestarle ayuda contra el común enemigo.

Eso es todo. Ni nosotros protestamos de lo suyo—que nos tiene sin cuidado en absoluto—ni de ellos nos preocupamos más que cuando su divertido Don Dalmacio nos alegra la vida con sus payasadas. Desfóganse en buen hora y diviértanse cuanto quieran si en ello no hay daño para nadie; celebren mitins, reúnanse á la vera de las fon-

tanás que hace calor y place holgarse con el fresco, entonen fervorosos himnos contra Lucifer y todos los luciferianos, que mientras tanto nosotros impávidos al rededor de nuestra bandera podremos preguntar con el fabulista si son de alguna utilidad.

«tantas idas y venidas tantas vueltas y revueltas...»

... Y con pedir perdón á mis lectores por haber dado hoy este tono á mi glosa, y al colega por haberme permitido mentar sus picaros escarceos polemistas, pongo—para satisfacción de todos—punto final.

INCOGNITUS.

NOTA.—En la glosa titulada «Aún que se vista de sed...» aparecen las siguientes erratas que desfiguran por completo el concepto: *vanidad por caridad, ulcemos por alcemos; otra por obra; un á qué intercalado por los cajistas y no escrito por el autor; llamemos por llamamos y finalmente decía música-tín en vez de música-luz, como escribió quien tiene el honor de firmar estas líneas.*

Breve réplica

al pbro. D. Anselmo Herranz

Han pasado muchos días sin que hallara una hora buena ni un instante á propósito para contestar al artículo de *La Regeneración* del 20 Agosto titulado «*La locura de Alvarez de Castro y la del Dr. Ruiz?*» en donde se me alude. No creo que ni el escrito en cuestión ni mi respuesta tengan interés alguno para el público y por eso no me he apresurado ni me he preocupado de darla oportunamente. Sea como sea no se trata ya de un Sr. G. de *briosa y apasionada pluma* cuya *vehemencia juvenil* era necesario atajar en el acto; se trata ahora de D. Anselmo Herranz, mi antiguo camarada de Instituto, cuya buena fé y cuya indignación exenta, al parecer de hipocresía merecen, aun que tarde una respuesta. Si el colaborador de *La Regeneración* me hubiera tratado en su escrito como trata al Doctor Ruiz, mi admirable compañero en locuras, nada tendría que objetar. Pero el caso es que me descarta, que supone por un extraño respeto á mi persona—que yo agradecería si no resultara algo humillante—que en el folleto *La locura de Alvarez de Castro*, yo he contribuido solamente con mi nombre y eso aun á impulsos de amor propio excitado por la ya olvidada arremetida del Sr. G. Funda su opinión, el Dr. Herranz, en mi incompetencia en *psicología patológica* y en la ira consecuencia que supondría en mí el haber escrito unos folletos de los Sitios de Gerona en loor y gloria de mis padres los *inmortales*, cuando las fiestas del Centenario, para acabar después tratando de locos á esos mismos señores. Esto es lo único formidable y lógico de todo el artículo de *Regeneración*. Pero estaba previsto; la respuesta la tenía preparada antes de emborronar la primera cuartilla de nuestro «Ensayo» porque yo, Señor Herranz,—siento tener que quitarle la ilusión que V. tiene formada de mi *bondad* y mi *competencia*—he trabajado en el folleto tanto como el Dr. Ruiz y he trabajado por mi cuenta, consultando libros que me han

impuesto en una materia que para mis obras literarias había estudiado con ahínco y con placer. Por eso también, ya que V. asegura que el estilo del folleto en cuestión es el *retrato* del Dr. Ruiz, me he permitido dudar de la notable sagacidad que V. pudiera atribuirse en materia de estilos.

Por lo dicho incumbe á mi honradez y lo exige mi compañerismo aceptar mi parte de responsabilidad como he aceptado mi parte de elogios.

Así, todo el desprecio, toda la compasión, todo lo que hay de agresivo en el artículo de V., señor Herranz, me hiere á mi aun que vaya dirigido á mi colaborador.

Voy á justificarme antes que nada. Un editor pidió mi nombre para una obra de divulgación patriótica y yo dí mi nombre porque la vida tiene sus exigencias Nunca, después de cumplidos los 18 años, me habían interesado ni las guerras ni sus héroes. Así pues tuve que leer cuando menos el libro de Grahit, y el libro de Grahit, que es un buen libro para matar la fe y el entusiasmo, acabó por convertir en fundada sospecha lo que antes solo era inseguro presentimiento de mi alma enamorada del equilibrio y de la paz. Entonces me asesoré del Dr. Ruiz; le entusias mó mi descubrimiento, divulgolo, se escandalizaron, nos unimos, nos completamos: él dedícase á estudiar la historia de los sitios, yo á mi vez á estudiar la psicología de las multitudes y la neurosis revolucionaria; nos repartimos el trabajo y dimos á luz un folleto que, para prevenirnos contra cualquier ataque *consiente* calificamos de «Ensayo». Ya ve el señor Herranz como nuestra obrita sin pretensiones es hija de una convicción que merece el respeto de cualquier *contradictor*.

El artículo de *La Regeneración* en cambio es obra de un buen sacerdote escandalizado; habla mucho de impiedad, de irreligión, de anticlericalismo, de socialismo y de materialismo, pero no desvirtúa ninguna afirmación nuestra ni haduce ningún argumento para refutar los nuestros. El señor Herranz no es un hombre temible. Su lógica queda juzgada cuando califica de anticientífico el folleto y lo carga en cuenta, precisamente por entero, al Dr. Ruiz, al hombre de ciencia. Era más razonable, me parece, atribuirme á mí, ya que no me reconoce ninguna competencia en la materia. Pero algo tengo que añadir sobre eso; es muy cómodo señor Herranz, en las ciudades pequeñas, donde todos nos conocemos hablar de incompetencia. Esta, en buena, crítica hay que deducirla de la obra. Folleto en mano, párrafo por párrafo, V. debía patentizarla, y V. no solamente no hace tal cosa, sino que se declara honradamente sin autoridad para intentarlo. La Historia, la tradición, unas lecturas, unos modestos conocimientos de aficionado, es poco aun, cuando ni esto se emplea y sólo se cita para justificar una intervención inoportuna. El bueno del doctor Herranz recurre al fin á un médico amigo suyo. No dice su nombre y eso es pueril porque el nombre es lo más necesario en estos casos. Una opinión anónima no tiene fuerza y lo más terrible aquí es que la poca

habilidad del señor Herranz le ha llevado á inutilizar ese pequeño recurso de controversia. El señor Herranz no puede por delicadeza, descubriéndonos jamás quién era ese consultor, porque así sabríamos quién era el que dice del doctor Ruiz cosas que puedan mortificarle.

Argumentos y opiniones de segunda mano también podríamos usarlos nosotros y entre ellas quizá—sería curioso—hallaríamos la de ese doctor que tanto crédito merece al señor Herranz.

Y no son esas las únicas lamentables equivocaciones que comete nuestro infortunado contradictor; por ellas descubrimos qué vientos le empujan y qué tristezas y qué agravios trata de remediar. Vamos á ver; el señor G. no es cura, afirma el señor Herranz; ¿y por qué dice eso y á qué viene decirlo? ¿Es que cree de veras que lo que ha hecho el señor G. no es propio de un cura ni está bien para un cura? Entonces bien está; el señor Herranz hoy, el doctor Iglesias ayer, otro mañana, pueden salir en buena hora en defensa de un seglar, pero que no hablen del odio del doctor Ruiz ni de sectarismo, ni de nada que pueda interpretarse que obedezca á una disciplina, á una consigna, á una esclavitud. Con igual ligereza hasta la respetuosa dedicatoria del folleto es comentada. No parece sino que todo lo que no esté avalado por *Regeneración* mancha, contamina y deshonra. Para rendir un tributo de admiración hay que enterarse antes de las ideas y convicciones del admirado. En ningún país del mundo un hombre serio sacaría á colación estas cosas más que aquí donde una policía especial se entretiene en averiguar hechos y cosas que atañen á la vida privada, al sagrado de la conciencia y del hogar. Nombres, siempre nombres, siempre buscando unir á la protesta uno más, uno cuyo prestigio haga caer la balanza. Hasta el doctor desconocido que asesora al señor Herranz halla ocasión de meter el general Danis en la contienda y en eso demuestra que aquel doctor está familiarizado con el agua bendita y con las mañas de delación católica.

Asquea que en la crítica de un folleto más ó menos razonado, más ó menos serio, tengamos que salir á relucir tantas miserias.

En el «ensayo sobre la patología de un episodio heroico» se citan á revolucionarios, á traga curas, á mueres incendiarias de conventos; los libros de Le-Bon y de los doctores Cabanés y L. Naas tantas veces consultados, por mi sobre todo, estudian los hechos de la Revolución francesa y hablan de psicosis de las multitudes democráticas y republicanas y de los conductores que las sugestionan, pero eso no lo ve ni lo sabe el doctor Herranz, que quiere para los católicos de 1809 un respeto fetichista.

Los héroes rojos, los héroes negros, todos los fanatizados que traspasen los límites de lo razonable pueden ser materia de estudio y observación. Alvarez nada tiene que ver con Dios ni el mas furioso anarquista con el demonio, como nuestro folleto nada tiene que ver con la impiedad ni con la desecristianización ni con la Histo-